

1

La caza

1

Praga, 26 de marzo de 1822

El forastero estaba sentado tranquilamente entre el humo de las pipas y de las velas que llenaba el aire de la posada. Vestido con una sencilla chaqueta gris y unos bombachos a juego, parecía prematuramente viejo. Su pelo ceniciento y su barba negra salpicada de canas contrastaban con su rostro juvenil.

Los clientes aristocráticos de abrigos suntuosos, bellas capas y chisteras que había en la posada hacían caso omiso del extranjero, ocupados en su vanidad y sus chismorreos. Y si hubiesen puesto sus ojos en él, si los hubieran posado desdenosamente en ese caballero, podrían haber sentido curiosidad sobre por qué un tipo como aquel se encontraba en aquella posada.

La clientela que había allí no era distinta a la que el forastero había encontrado en otras posadas de París, Madrid o Roma. También se contaban chistes en una lengua que él no entendía, y se hacían negocios oscuros mediante acuerdos llenos de secretismo. Además, cotilleaban maliciosamente (los cotilleos son iguales en cualquier lengua).

En un lugar como aquel, la gente con aspecto austero no llamaba la atención. Las conversaciones volvían enseguida a los cotilleos y los clientes continuaban pavoneándose sin mirar al extraño. Y aun así, puede que los hubiera divertido saber que este hombre con aire inofensivo era un asesino, y que hasta la fecha su espada había terminado con más de treinta vidas.

Se llamaba Peruzo.

Las risas y el humo del tabaco brotaban de las mesas y de la barra del bar. Se elevaban y arremolinaban en espirales alrededor de los bebedores y los chismosos. Peruzo estaba sentado en silencio de espaldas a las escaleras que ascendían retorciéndose hasta la galería. No levantó los ojos de la jarra que había ante él, ni tampoco miró hacia ningún otro punto del salón, ni siquiera cuando un se-

gundo hombre, vestido de forma parecida a él, apareció entre los clientes que se amontonaban en la barra.

Sin embargo, el segundo hombre se distinguía por otros motivos. Se movía con seguridad y desenvoltura entre los clientes del bar; las mujeres lo miraban con admiración. Tenía la chaqueta desabotonada en la parte superior, de donde salía el cuello blanco y brillante de una camisa. Estaba recién afeitado y su aspecto era imaculado. Era mucho más joven que Peruzo.

El segundo hombre se sentó frente a él con una jarra en la mano.

—Pareces estar a disgusto —comentó.

—Así es como me encuentro entre la gente decadente y presumida de esta ciudad —dijo Peruzo—. ¿Usted no?

—Te olvidas de mi origen, Peruzo. He conocido otros lugares tan decadentes como este —comentó el hombre que tenía enfrente.

—Y sin embargo, ahora tiene usted un aspecto muy sencillo —bromeó Peruzo—. La austeridad no tiene cabida en este sitio. Parece algo antinatural. Como esa puta de la esquina.

El hombre miró por encima del hombro de Peruzo y vio a una mujer joven, de poco más de veinte años, con una capa roja echada sobre los hombros. A su lado, un caballero se cubría con la misma capa. El compañero de Peruzo se rió:

—Siempre has sido un tirano con el bello sexo.

El aludido gruñó.

—Si vivo dos veces sin conocer a un demonio vestido de mujer, puedo considerarme un hombre afortunado. Si una mujer volviera a llorar a mi lado, raro sería que la creyese. Si sintiera amor por mí... No, nunca la creería.

—¿Incluyes a todas las mujeres? —preguntó el hombre.

Peruzo lo miró con sus ojos azules, agudos y brillantes. Tras darse cuenta de que se había pasado de la raya, levantó la mano.

—Disculpeme, William... No me refería a Adriana... Ella es la mejor de todas...

El hombre llamado William rió otra vez, sacando una pipa fina y alargada del interior de su chaqueta.

—No hace falta que te disculpes, amigo mío. Eres tan cínico que ninguna mujer puede superarte.

Peruzo asintió.

—Mi capitán me conoce bien.

—Estoy sorprendido de que puedas soportar a un hombre que se ha enamorado voluntariamente —dijo William, afectuoso.

—Usted es mi capitán. Así que debo disculparme.

Peruzo había conocido a William siete años antes. Al principio no le cayó muy bien. Hijo de un inglés aristócrata y oficial de la Armada británica. En aquel momento, William estaba inmerso en una guerra absolutamente desconocida para la mayoría de la gente; una guerra de condenas infernales y horrores infinitos. Que ese hombre todavía estuviera vivo siete años después de su inicio, y que encima aún luchase en ese conflicto clandestino, era un auténtico milagro. Pero

que este hombre, William Saxon, fuera el artífice de la mayoría de las victorias de su bando durante ese tiempo era más que un milagro a ojos de Peruzo. El capitán Saxon había vuelto a equilibrar la guerra entre el Cielo y el Infierno durante los últimos siete años de servicio, y el teniente Peruzo habría dado gustosamente su propia vida por él.

Después estaba el asunto de los ángeles. Corría el rumor, sustentado por testigos vivientes, de que el capitán había establecido alianzas entre los serafines y los querubines, y que los mismos arcángeles habían bajado a ayudarlo en un momento en que corría mucho peligro. Sin embargo, Peruzo, que era un hombre pragmático, solo creía en lo que veía y experimentaba. Y en eso compartía una de las características de su capitán...

William lo miró con consternación.

—¿Cómo puedes beber eso? —dijo, apuntando con la pipa a la jarra de Peruzo.

Este miró el contenido que llegaba hasta el borde de peltre; un líquido turbio y oscuro que olía a tierra y bosta. Se encogió de hombros.

—He bebido cosas peores.

William miró su propia jarra y la apartó a un lado. Ya no tenía ganas de beber.

En el tiempo que tardaron dos cortesanos en cerrar un negocio, y un caballero barbudo en contar a su compañera un chiste particularmente lascivo (a juzgar por la expresión sorprendida de ella y su risa bronca), un hombre llegó y abrió lentamente la puerta de la posada. Iba vestido con una chaqueta negra y unos bombachos que se veían un poco raídos. Su cara estaba demacrada y pálida, y mientras se adentraba en el salón, sus ojos lo recorrían sin posarse en nadie en particular. Estaba nervioso; se rascaba con los dedos los cañones de la barba a la vez que se dirigía hacia la barra.

Peruzo lo vio enseguida, y sus pupilas se dilataron.

—¿Está aquí? —preguntó William, que notó tenso al italiano.

Peruzo asintió.

El caballero nervioso golpeteó la superficie de la barra sin parar mientras esperaba que se acercase el mozo. Murmuró unas palabras en alemán; el mozo asintió y sirvió un vaso de una bebida color bronce que el hombre nervioso cogió con una mano temblorosa. Se llevó el vaso a los labios; parecía que iba a tardar una eternidad en levantarlo, hasta que finalmente lo sorbió y se giró de frente al resto de la posada.

Sus ojos se encontraron con los de Peruzo. Transmitían cansancio y mucho miedo.

El caballero se bebió de un trago el resto del licor y señaló bruscamente con la cabeza hacia las escaleras situadas detrás de Peruzo. Después dejó el vaso en la barra y salió de la posada sin mirar atrás.

Peruzo inclinó la cabeza y puso las manos ante la jarra de cerveza.

—Mis sospechas eran ciertas —murmuró.

William lo miró en silencio.

—Aquellos a los que buscamos están justo encima de nosotros —dijo el italiano lo suficientemente alto como para que su capitán lo oyera.

—¿A los que buscamos? —preguntó William—. ¿Es que hay más de uno? Peruzo asintió.

—Él me dijo anoche que podían ser dos.

—Dos. Ya veo. ¿Y te fías de él? —preguntó William.

—Él es quien manda aquí —explicó Peruzo—. Hace cuatro noches perdió a un miliciano cuando perseguía a nuestra presa en este distrito. Había matado a una niña de doce años y casi mató a la madre de la niña cuando lo encontraron. Huyó y lo siguieron, pero el miliciano se separó de los demás...

—Y lo mató —completó William, plenamente consciente de lo que su presa era capaz de hacer.

—¿Cómo vamos a enfrentarnos a ellos? —preguntó Peruzo mientras su capitán desaparecía durante un momento dentro de una nube de humo de tabaco.

—Tengo un plan —contestó este, dándose un golpecito en la sien—. El problema es que es improvisado.

—Es mejor tener un plan improvisado que no tener ninguno.

—¿Cómo crees que reaccionarían estos agradables señores si nuestra presa se viera perseguida aquí mismo? —preguntó William.

—Con pánico, capitán —replicó Peruzo—. ¿Usted qué cree?

William rió, amable.

—La primera vez que vi un vampiro me aterroricé, y eso que yo era soldado. ¡Estos aristócratas se morirían de miedo!

—Eso no haría más que favorecer a nuestra presa —lamentó Peruzo.

—No si nos enfrentamos a ella ahí arriba —sugirió William, y vació su pipa sobre la mesa, con el contenido todavía humeante—. Si abordamos al vampiro en la galería, solo le quedará una vía de escape.

—La ventana —aventuró el teniente.

—La ventana —asintió William, y volvió a guardar la pipa en el bolsillo de su chaqueta—. Cubre las escaleras y Marresca hará el resto.

—¿Va a dejar que lo haga Marresca? —preguntó Peruzo, incrédulo.

William esbozó una sonrisa forzada.

—¿Tú no lo harías?

—Todavía es muy joven... —replicó el italiano.

—Joven o no, ha terminado con dos vampiros y tres demonios en cinco meses —apuntó William—. Es el mejor soldado que he tenido bajo mis órdenes. Es joven, sí, y solo lleva seis meses de monje. Pero merece la pena correr el riesgo.

Peruzo mostró su conformidad. Por un momento deseó tener una jarra de cerveza. Una dosis de valor envuelta en peltre habría calentado el frío de su estómago. Esa noche habría muertos. Muchos muertos.

William se puso en pie. Acarició distraídamente con los dedos la empuñadura grabada de su espada, oculta bajo su chaqueta gris.

—Cubre las escaleras y prepárate por si vuelan desde la galería —dijo—. Usa tu ingenio, amigo mío. Y no dudes.

—Porque ellos no lo van a hacer —añadió Peruzo. Se levantó de la silla y miró hacia arriba, a las escaleras.

—Buena suerte, teniente —le dijo William.

—Buena caza, capitán —replicó Peruzo.

2

En el frío nocturno de la primavera temprana, Jericho y Anthony se ocupaban de los caballos en un callejón aledaño a la posada. El hermano Jericho, un ferviente y joven monje, miró expectante por encima de su hombro. Vio a los aristócratas y las gentes del lugar que, procedentes del círculo de negociantes que estaban sentados al pie de la colina, bajaban por las calles adoquinadas. El hermano Anthony tosió levemente, alertando a su compañero de la presencia de un hombre que caminaba a través de la mancha de luz que arrojaban a la calle las velas encendidas de la ventana de la posada.

—Capitán —saludó el hermano Jericho.

William los reconoció aunque nada dijo, e intentó calentarse las manos con su aliento.

—¿Hemos encontrado a nuestra presa? —preguntó el hermano Anthony.

El capitán los miró por encima de sus manos unidas. Notó la impaciencia de los dos monjes. Apuntó sigilosamente a una ventana situada en la primera planta de la posada, muy por encima de ellos. Se percibía en ella una luz débil, y había sombras que delataban movimiento en su interior.

William levantó el dobladillo de su chaqueta. Liberó así la empuñadura de su espada. Al poner la mano en el metal sintió el suave puño de piel contra los dedos y la palma.

—Dad por seguro que si la criatura intenta escapar por esas ventanas, caerá aquí abajo. Ya sabéis lo astuto que es el vampiro; ya sabéis lo peligroso... no quiero que se repita lo de Viena. ¿Lo habéis entendido?

Los hermanos asintieron, nerviosos. Estaban impacientes por dar buena imagen de sí mismos.

William se giró hacia las sombras.

—Marresca —dijo.

Algo se movió en la oscuridad que había junto a ellos, y de ahí salió una silueta. Su pelo corto y rubio y su cara juvenil lo hacían parecer demasiado joven como para involucrarse en la salvajada que era esa guerra secreta, pero la experiencia que mostraban sus ojos era la de un hombre que duplicase su edad y que tuviera muchas muertes a sus espaldas. Marresca era, tal y como Engrin Meerwall había apuntado una vez, «una máquina de matar... Un arma de la Orden...».

Avanzó decidido y sacó su espada a la débil luz del callejón.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó el chico, directo al grano, como de costumbre.

William señaló la ventana.

—No quiero que el vampiro tenga la oportunidad de salir de la posada —dijo, y se quedó pensando un breve instante, mordiéndose el labio inferior. Miró la tapia del edificio, las imperfecciones en el enladrillado, las vigas que salían aquí y allá como en una casa que hubiera sido partida en dos.

—¿Puedes trepar hasta ahí? —preguntó al joven monje.

Los ojos de Marresca subieron por el muro como si lo estuviera escalando mentalmente y decidiera dónde poner cada pie y mano. Asintió.

—Hazlo —dijo William—. Y ten cuidado.

Marresca sacó la vaina y se la ató a la espalda. Envainó la espada, corta pero afilada como una cuchilla, y empezó a escalar.

—Preparaos por si acaso —murmuró el capitán a los hermanos.

Mientras veían trepar a Marresca, William percibió un fuerte destello de luz en la ventana de arriba. Fue como un fogonazo de pólvora, pero tras el resplandor inicial algo brilló y chisporroteó en la habitación. El hombre retrocedió para poder observar mejor. Desde donde estaba no podía estar seguro de qué era lo que veía.

De repente se oyó un aullido como el de un animal enorme que bramase de dolor, y que sacudió el muro exterior de la posada.

William supo inmediatamente cuál era su origen.

¿Cómo he podido equivocarme de esta forma?

—¡Marresca! —gritó William—. ¡Un demonio!

El chico miró hacia arriba al mismo tiempo que reventaba la ventana que había sobre él. Llovieron fragmentos de cristal. Por un momento, el joven monje quedó oculto bajo los restos que caían a la calle. Tras ellos se precipitó en picado una criatura enorme envuelta en humo y fuego.

William vio venir al demonio y, rodando por el suelo, se apartó fuera de su trayectoria. El hermano Jericho tropezó y se quedó rígido de miedo sobre los adoquines. Yacía tendido frente a la bestia, que aterrizó con un crujido de huesos y carne crepitante mientras las brasas naranjas bailoteaban a su alrededor. La criatura se levantó sobre sus ancas extendidas y, al estirarse, sobrepasó al monje en altura con sus largos brazos y las garras gigantes que culminaban las extremidades. El demonio miraba por dos hendiduras abiertas en su cráneo fracturado y ennegrecido, que no dejaba de chisporrotear. Mientras abría la boca, que era del tamaño de una bandeja tallada y tenía varias filas de dientes rotos e irregulares, emitió un olor tan terrible a azufre y carne quemada que al hermano Jericho le produjo arcadas. Temblando, se puso de pie sin esperar otra cosa que la muerte.

Fue entonces cuando el hermano Anthony hundió su hacha de doble filo en el costado de la bestia.

El demonio aulló al sentir que la cabeza del hacha atravesaba su armadura de carne y hueso. Rugió y sacudió un brazo mientras el hermano empleaba todo su peso para extraer el arma del costado de la bestia. No podía liberar la cabeza del hacha. Al poner Anthony ambas manos en la empuñadura, lo alcanzó la garra

extendida del demonio. Enganchó al monje por los pies y lo lanzó a varios metros de distancia, sobre el suelo adoquinado.

Cuando Anthony se golpeó contra el suelo, William se estremeció al oír el sonido de huesos rotos. Maldiciendo, se lanzó él mismo contra el dragón y descargó una serie de golpes sobre la criatura. El primero y el segundo cayeron inútilmente sobre la coraza del demonio, el tercero abrió una herida en la muñeca izquierda de la bestia y el siguiente lo hirió emitiendo un destello de fuego y ceniza.

El demonio aulló otra vez. En vez de girarse para atacar, lanzó a su atacante a un lado y huyó moviéndose y golpeando pesadamente el adoquinado. Iba dejando tras de sí un rastro de humo y brasas. William juró en voz alta al ver que la bestia herida desaparecía por una calle cercana.

—¡Anthony! —gritó el hermano Jericho cuando vio el cuerpo que yacía inmóvil en el suelo.

William dudó. Sus instintos lo incitaban a perseguir al demonio, pero el hermano Anthony todavía podía estar vivo y necesitar ayuda.

Sobre ellos, pegado a la tapia, estaba Marresca, que había esquivado gran parte de los cristales rotos. Él también había visto huir a la bestia, y estaba decidido a seguirla. Se separó del muro y aterrizó directamente sobre el lomo de un caballo que estaba atado más abajo. Antes de que el animal tuviera tiempo de saber lo que pasaba, Marresca había cortado la atadura y lo había espoleado, sin que William tuviera tiempo de darle una palabra de ánimo o advertencia antes de que el joven monje saliese persiguiendo a la bestia.

3

En el mismo instante en que el demonio quedó en libertad, Peruzo llegó a la segunda puerta del balcón. Retrocedió rápidamente al oír los aullidos y los gritos. ¿Cuántas veces había escuchado ese tipo de sonidos? ¿Y cuántas veces se había enfrentado con las criaturas que los proferían? Él solía estar preparado para enfrentarse a cualquier ser que se le pusiera por delante, pero aquella noche no lo estaba para hacerlo con un demonio. Regresó a las escaleras. El corazón le latía con tanta fuerza que le resonaba en el cráneo.

De pronto se oyó un estrépito parecido al de una pared que se hubiera derrumbado en el interior, seguido por ruido de cristales rotos y el desplome de la mampostería. Al darse cuenta de que en cualquier momento la bestia podría romper la puerta y dirigirse hacia donde él estaba, Peruzo levantó la espada a la altura del hombro, ajeno al hecho de que todas las conversaciones habían cesado dentro de la posada. Toda la atención estaba puesta ahora en los ruidos de la habitación situada en la parte alta de las escaleras.

Llegó más ruido de gritos en la calle y de escombros caídos, y Peruzo temió por su capitán al reconocer el origen de aquellos alaridos. El demonio estaba suelto en el exterior, y sus compañeros, sus amigos, se estaban enfrentando a él sin su ayuda.

Tomando una decisión basada más en la urgencia que en una estrategia, Peruzo alcanzó la segunda puerta. Por sus bordes y sus goznes se filtraban unos hilillos de humo, mientras que unas grietas recién abiertas en la madera crujían y se ensanchaban. Estaba a solo unos centímetros del picaporte cuando la puerta se abrió repentinamente y un hombre de cara blanca y ojos de color amarillo brillante salió de la habitación. Tenía el pelo negro y ondulado hasta la altura de los hombros. Estuvo a punto de chocar con Peruzo. Mientras el hombre se tambaleaba, el italiano notó que algo brillaba en su mano izquierda: una pirámide de piedra que centelleaba levemente con una luz color azul oscuro.

Peruzo supo inmediatamente quién era ese extranjero y qué llevaba en su mano: era un vampiro con un Scarimadaen.

El teniente retrocedió en el mismo momento en que la criatura fue consciente de la situación, pues con una mano guardó la pirámide bajo su capa color ébano y con la otra sacó una espada negra y corta. Lo hizo muy rápidamente, pero los reflejos de Peruzo fueron tan ágiles que pudo clavarle el arma al vampiro.

La criatura se inclinó hacia atrás y la espada de Peruzo solo encontró aire.

Tras otra estocada del hombre, el vampiro se postró de rodillas y agitó su espada corta ante la pierna del teniente. Gritó mientras movía su espada, desafiante. Luego el vampiro se levantó para retroceder y la espada de Peruzo atravesó el cuello de la criatura más por suerte que por habilidad. La criatura se tambaleó al tiempo que una bilis fluorescente comenzó a manar por el tajo que tenía en el cuello; sus brazos se movían sin parar de un modo totalmente descoordinado. Se chocó con tanta fuerza contra la barandilla de la galería que su cuerpo se dobló, su cabeza se fue hacia atrás de tal forma que se separó de la carne y la piel que la sujetaba.

Peruzo vio como la cabeza caía al salón del bar que estaba situado más abajo, entre los gritos de la gente. La luz brillante redujo el cuerpo a cenizas, la capa color ébano que lo cubría ardió. Envuelto en llamas, el cuerpo se tambaleó por un momento y luego cayó en picado, rígido como una estatua, por encima de la barandilla. Golpeó los bancos de la parte inferior y se deshizo en pedazos, lanzando cenizas y brasas en todas direcciones.

4

William se arrodilló junto al hermano Anthony. Puso las manos sobre el pecho del monje y acercó la mejilla a su boca. Sintió que respiraba.

Está vivo.

William le giró el cuerpo lentamente. Observó las heridas que tenía en un lado de la cabeza. La mejilla izquierda parecía hundida, completamente destrozada. Tenía una herida muy grande junto a una oreja. Su ojo izquierdo estaba oculto por una pulpa de tejido hinchada y carne sanguinolenta. Y su brazo derecho estaba del revés. William estaba furioso. Si estas eran las heridas que podía ver, ¿cómo eran las que no podía ver?

El hermano Jericho se encontraba de pie junto a ellos. Temblaba. Aterrorizado y avergonzado por haberse quedado paralizado frente al demonio.

El capitán se dio cuenta de esto, pero no era el mejor momento para aconsejar al joven monje.

—¿Está...? —preguntó el hermano.

—Vive —contestó William—. Ayúdame.

El monje se arrodilló. Levantaron al hermano Anthony lentamente. Lo llevaron hasta la sombra. Ahora William oía los gritos del gentío que comenzaba a huir de la posada.

—¡Capitán! —alertó el monje al ver que la turba asustada pasaba junto a ellos.

—Oh, señor... Peruzo —jadeó William como un loco—. ¡Quédate con Anthony! —le ordenó al hermano Jericho, y se dirigió de vuelta a la posada.

5

Peruzo estaba desplomado sobre un costado. El dolor de la herida recorría todo su cuerpo produciéndole arcadas. No sabía si era muy profunda, aunque había tenido suficientes heridas a lo largo de su vida como para saber que no era mortal. A pesar de ello, el dolor era tan fuerte que soltó la empuñadura de la espada. Esta cayó al suelo y se deslizó por las tablas de la galería. Antes de que pudiera cogerla resbaló por el último peldaño y cayó por las escaleras.

La segunda puerta se abrió de nuevo. Apareció otro vampiro.

Peruzo se frotó los ojos y sintió que le daba un vuelco el corazón al ver a esa terrible criatura. Aquel vampiro era medio metro más alto que el anterior. Tenía las orejas perforadas por muchos aros de oro macizo, su cara alargada y blanca estaba salpicada de sangre. Las gotas parecían bastante negras. Sus ojos brillaban y chisporroteaban irradiando luz desde sus pupilas negras a los iris amarillos. Pero lo que Peruzo reconoció fue su pelo, un pelo del color del fuego, a rayas con negro. Era inconfundible, porque él había perseguido a esa misma criatura por los territorios de Schönbrunn. El teniente no tenía la intención de dejar que el vampiro escapara esta vez, aunque el dolor de su pierna era insoportable y había perdido su espada.

El vampiro lo miró, y el odio que sintió hizo que sus ojos brillasen con más intensidad.

—¡Tú! —silbó la criatura al recordar a Peruzo—. ¡Pagarás por la muerte de Ferdinand!

Metió la mano bajo el abrigo y sacó una espada ancha y negra, con los bordes llenos de pinchos. La levantó a la altura de su cara. El metal brilló como si estuviera mojado. La criatura sonrió y sus colmillos afilados surgieron entre sus dientes blancos.

Peruzo sujetó su pierna herida mientras retrocedía gateando hacia las escaleras.

—Voy a pasarlo bien, igual que lo pasé bien cuando maté a tus amigos en Viena —bromeó el vampiro poniéndose a la altura de su contrincante y moviendo la espada a unos centímetros del pecho del teniente.

Peruzo tenía la mano dentro de su chaqueta.

—¡Vete al infierno! —gritó antes de sacar la mano. La alzó hacia el vampiro, quien se dio cuenta demasiado tarde de que su enemigo sostenía una pistola. Peruzo apretó el gatillo, hubo un fogonazo y de pronto salió humo del arma. La bala de plomo impactó contra la criatura. La golpeó en la mano y le arrancó tres dedos a la altura de los nudillos. El vampiro gritó y se tambaleó hacia atrás. Su espada negra cayó de punta a solo unos centímetros de donde el italiano estaba sentado.

La criatura blasfemó, agonizante. Lanzaba cenizas por los dedos heridos. Peruzo aprovechó la oportunidad y alejó la espada negra de una patada. Esta fue dando tumbos por la galería y cayó por el hueco de la barandilla hasta el suelo de la planta baja, lo que enfureció al vampiro. El teniente se dispuso a cargar de nuevo la pistola.

—¡Arrojaré tus pelotas a mis perros, hijo de mala madre! —le insultó el vampiro, sujetándose la mano herida.

—¡No antes de que te vuele los cojones de un disparo! —replicó Peruzo mientras manejaba torpemente las balas y la pólvora. El vampiro silbó de nuevo sopesando sus opciones antes de oír una voz procedente de la planta inferior. La bestia miró hacia abajo y vio que otro hombre lo apuntaba con una espada.

—¡Tú! —gritó William, desafiante—. ¡Eres mío!

El vampiro dejó escapar un grito. ¡Era impensable que estos dos idiotas pudiesen vencerlo! Escupió a Peruzo, se encaramó a la barandilla de la galería y saltó por el aire proyectando una amplia sombra sobre William, que sacó su espada a la espera de que este descendiera directamente sobre él. Pero la criatura solo tenía una cosa en mente: escapar. El mozo que estaba tras la barra gritó al ver que el vampiro surcaba el aire y atravesaba la ventana más cercana, destrozándola por completo.

William corrió hacia la puerta y vio que su enemigo escapaba subiendo la colina en dirección al castillo para, finalmente, evaporarse en la noche.

—¿Capitán?

William se giró y vio que Peruzo intentaba bajar las escaleras. Tropezó en un escalón y la pistola cargada a medias se le cayó de los dedos ensangrentados.

—Bueno, por lo menos estás vivo —dijo William, acercándose a él.

—Por los pelos —contestó Peruzo débilmente. Tenía la cara pálida y la pierna teñida de rojo hasta la ingle.

William puso su brazo bajo el de su subordinado. Envainó su espada al mismo tiempo que ayudaba al monje a bajar las escaleras.

—Hay un demonio —gimió Peruzo.

—Marresca lo persigue —le dijo William.

—¿Y el vampiro...? Yo maté a uno, pero el otro huyó... —empezó el italiano.

—Lo sé, lo sé —dijo el capitán mientras lo ayudaba a cruzar el salón hasta la puerta.

La posada ahora estaba distinta a como William la había dejado unos minutos antes. Los taburetes y las mesas estaban bocabajo; las pertenencias habían sido

abandonadas a toda prisa, al igual que las bebidas: un sombrero de fantasía yacía junto a un vaso de vino tinto, un abrigo lujoso estaba extendido en el suelo, y debajo de él había un chal rojo. Incluso había un monedero olvidado encima de una mesa que ahora estaba cubierta por una fina capa de ceniza.

—Capitán —Peruzo asintió mirando a un montón de carbón y ropas—, allí...

—¿El vampiro? —aventuró William.

—Dentro del abrigo —continuó el teniente, apuntando a la prenda cubierta de ceniza— está el Scarimadaen.

A William se le pusieron los ojos como platos. Sentó a Peruzo en un banco cercano y se acercó a los despojos negros, que cada vez olían más a azufre y podredumbre. Con una mezcla de júbilo y asco, rebuscó entre los restos del vampiro y sacó la capa. El Scarimadaen asomó y salió rodando a lo largo de las planchas de madera del suelo. El capitán contuvo la respiración y con la capa del color del ébano en la mano cogió la pirámide con cuidado de no tocarla directamente con la piel.

Regresó junto a Peruzo, puso su brazo otra vez bajo el del teniente y lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí —gimió Peruzo.

William llevó al teniente hasta el exterior. Mientras tanto, sentía que el Scarimadaen latía débilmente en su mano cubierta.

Afuera todo estaba extrañamente en calma. Hacía tiempo que los clientes habían huido, y solamente quedaban en la calle los hermanos Jericho y Anthony, además de sus caballos, que reposaban cerca.

William hizo señas al hermano Jericho para que lo ayudase a soportar el peso del italiano.

—Cuida de ambos —le dijo—. Peruzo está herido, así que debes cubrirle la herida.

El hermano asintió.

William se quitó la chaqueta.

—No voy a dejar que esa criatura se escape una segunda vez. La caza no ha terminado.

En ese mismo momento salieron de las sombras situadas al final de la calle una docena de guerreros y soldados. Rodearon a William y a sus compañeros apuntándoles con mosquetones y pistolas. Increíblemente, William volvió a mirarlos pensando si debía escapar o luchar con ellos.

—¡Espera! —gritó Peruzo, y movió la mano llamando la atención de William—. ¡Capitán, esos son los hombres del gobernador! ¡Seguro que nos dispararán!

William miró a Peruzo a los ojos y comprendió: la caza había terminado.

El viento sacudía el pelo de Marresca. Se le enredaba en la cara mientras galopaba por el callejón. Pese a cabalgar uno de sus mejores caballos, al animal le costaba mantener

el ritmo que le exigía el monje. Marresca espoleaba más y más fuerte a la bestia, pues el demonio no bien aparecía al final de una calle cuando se escapaba en la siguiente.

Mientras galopaba tras el demonio, Marresca estuvo a punto de arrollar a un paisano. Tiró de la montura y la dirigió hacia un callejón lateral. Aquello era arriesgado, pero el joven monje creyó que así atajaría para alcanzar a su presa, que huía en dirección al río. Marresca tenía que atrapar a la criatura antes de que esta llegase al puente y a cualquier refugio que tuviera allí.

Mientras salía galopando del callejón y desembocaba en la calle adyacente, el jinete oyó gritos por encima del sonido de los cascos. Durante el día se celebraba allí un mercado. Cuando Marresca irrumpió en el lugar, y se estrelló contra un puesto vacío, todavía quedaban algunos comerciantes embalando sus mercancías. El monje no prestó mayor atención a los gritos de enfado del dueño del puesto, pues a lo lejos divisó la silueta ardiendo del demonio, que huía torpemente de un grupo de paisanos que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino. Dos de ellos murieron asesinados; los demás estaban rígidos de miedo. Gritaban y sollozaban.

El demonio se estampó contra una carretilla llena de vasijas. Esta volcó, y todos los recipientes de barro se rompieron al caer al suelo. La bestia solo se detuvo para oír el galope del caballo que venía tras ella. Luego siguió corriendo torpemente y se introdujo por otra calle. Sus piernas hinchadas sonaban como troncos de árboles huecos que golpeasen la piedra.

Marresca podía oler el azufre de la respiración del demonio, el humo de su piel ardiente y su carne abrasada. Sin dejar de guiar a su caballo, sacó la espada de su vaina y se enderezó sobre la montura. El demonio pareció burlar la persecución del monje con sus penetrantes aullidos, antes de adentrarse en un edificio cercano: una elegante mansión con dos puertas de roble que reventaron cuando la bestia chocó contra ellas. Marresca no dudó en seguirla hasta el interior, llevado por su montura a través de la entrada destrozada.

El salón que había ante él debía de haber tenido un aspecto tranquilo momentos atrás, pero ahora estaba totalmente sumido en el caos. La comida y el vino volaban en todas direcciones. El monstruo partió las mesas en dos con sus largas garras y golpeó a aquellos que le cortaban el paso.

Marresca llamó a la criatura entre los destrozos y los clientes histéricos. Captó de nuevo la atención del demonio. Este le lanzó una mirada fulminante, venenosa, como si supiera quién era el joven monje. Retrocedió y aulló desesperadamente en dirección a Marresca moviendo con rabia su garra y su brazo herido. Se tambaleó y trepó de un salto a una mesa que, situada en un extremo del salón, inmediatamente se partió en dos mitades. Desequilibrado, el demonio cayó al suelo produciendo un ruido sordo. Luego se puso en pie otra vez sobre los destrozos. Se balanceó y colisionó torpemente contra un candelabro aislado que se volcó sobre el tapiz más cercano. El tejido empezó a arder en cuestión de segundos y después el fuego se propagó de un tapiz a otro.

Marresca impidió que su caballo, aterrorizado, escapase. Ni siquiera lo dejó salir cuando las llamas empezaron a llegar al techo y a quemar las vigas situadas

encima de ellos. El demonio se encontraba en medio del incendio, ciego y desesperado por encontrar una salida. Una cortina de fuego se alzaba entre Marresca y él. A través del resplandor y la bruma de calor, el monje vio que la bestia huía saltando junto a la pared mientras las llamas empezaban a caer en cascada sobre su inmenso cuerpo. Se dirigió a la ventana más grande que estaba situada en el extremo opuesto de la habitación.

Marresca espoleó su caballo y se dirigió hacia la entrada destrozada. El frágil techo de madera se derrumbó tras él. El ruido del hundimiento amortiguó la huida del demonio cuando este salió a través de la ornamentada ventana.

Mientras reducía la distancia que había entre ambos, Marresca sujetó las riendas con una mano y desenvainó la espada con la otra. Se equilibró sin esfuerzo pese a que el caballo se balanceaba de un lado a otro cuando doblaba las esquinas de los edificios rozando los muros. El monje se agachaba para esquivar los anuncios oscilantes de las tiendas contra los que el demonio había chocado.

Más allá se veía el río, un vacío negro que discurría entre las dos mitades de la ciudad. La gigantesca avenida que desembocaba en el puente de Carlos se recortaba contra el cielo nocturno con sus lámparas de aceite encendidas a cada lado. Marresca no estaba muy lejos del demonio, así que espoleó a su caballo exhausto para que hiciese un último esfuerzo. El demonio no flaqueó mientras arrastraba su cuerpo en llamas bajo el arco. Su silueta aparecía y desaparecía bajo las lámparas dispuestas en el puente. Marresca mantuvo la espada en el flanco izquierdo a la espera de poder trazar la curva con la que le arrancaría la cabeza al monstruo. Sus ojos fríos se posaron en el cuello del demonio, y ensayó imaginariamente cómo debía dar el tajo y en qué punto exacto entraría la espada en el cuerpo del monstruo.

Marresca ya había matado mentalmente al demonio.

Según avanzaba hacia la mitad del puente, el monstruo iba rompiendo las baldosas con sus enormes pies. Desorientado y aturdido, a veces se balanceaba hacia un lado. Entonces golpeaba las lámparas y las lanzaba al río que había debajo. También le rompió el rostro a una de las estatuas del puente al tropezarse con ella.

Al oír que el galope estaba cercano, el demonio se detuvo de pronto y se dio la vuelta. Marresca no esperaba esta parada repentina. Tiró hacia atrás de las riendas del caballo mientras el monstruo se giraba y le arrojaba un trozo de la estatua. El fragmento no golpeó el pie izquierdo del monje en el estribo por solo unos centímetros.

Cuando Marresca se recuperó y dispuso el caballo en la dirección adecuada, el demonio ya había huido. Había abandonado el puente en dirección al centro de la ciudad.

Para entonces la montura de Marresca estaba a punto de desmayarse, e incluso él empezaba a estar cansado. Más adelante, el demonio avanzaba pesadamente hacia la

plaza principal de la ciudad. Hizo temblar a su paso el gran espacio abierto situado frente a la iglesia de Tyn mientras el Orloj daba la hora. Marresca se perdió la aparición de los anillos del reloj astronómico, pues su presa enfiló hacia la enorme basílica gótica y en dirección a los clérigos que en ese momento salían de ella.

El monje irrumpió desde la calle lateral y se lanzó tras la sombra del demonio, que avanzaba produciendo un ruido sordo sobre las baldosas. Cuando este estuvo casi encima de los clérigos, estos huyeron despavoridos dividiéndose en dos grupos como en el mar Rojo, mientras el monstruo pasaba entre ellos y entraba en la iglesia. Un cura que se vio sorprendido corrió delante de él. Huyó por el pasillo rezando entre sollozos. El monstruo humeante corrió tras él dando bandazos y volcando los bancos de la iglesia con sus brazos simiescos.

El cura alcanzó el altar. Aterrorizado, murmurando plegarias, se acogió a lo sagrado.

—¡Hay demonios en la calle! ¡Hay demonios en la calle! —gritó.

La criatura se detuvo. Sus ojos enrojecidos ardían de puro odio. Hubiera significado la muerte del cura, al igual que lo había sido para muchos otros aquella noche, pero Marresca entró en la iglesia. El clérigo casi no oyó el ruido de las pezuñas que hacía eco en el techo, y no llegó a ver como Marresca derrotaba al demonio. El monstruo miró hacia arriba demasiado tarde, justo a tiempo de ver que su persecutor blandía la espada sobre él. La espada corta, que había sido fraguada por el mejor herrero de Italia, cortó el frágil hueso del cuello del demonio y el tejido podrido que había debajo. El acero avanzó limpiamente y segó la cabeza del demonio como si se tratara del corcho de una botella. De la herida abierta manó una erupción de ceniza y luz azul brillante.

El cuerpo decapitado cayó sobre los bancos de madera. Una llama de color zafiro comenzó a consumir la carne, y varios temblores sacudieron la iglesia. El cuerpo pronto empezó a estremecerse. Se retorció emitiendo unos horribles chillidos que fueron aumentando de intensidad en sucesivas oleadas. Fueron cien. Mil. La avalancha de gritos fue tan horrorosa que el cura se protegió en posición fetal.

Cuando lo peor del infierno hubo pasado, el cuerpo decapitado comenzó a resplandecer. Reunió todo su brillo en una enorme esfera luminosa que, más tarde, salió a toda velocidad de la iglesia y fue a estrellarse contra uno de los ventanales más grandes. Marresca se vio zarandeado por la explosión y a punto estuvo de caerse del caballo. Se quedó colgando de la brida mientras el animal se giraba tambaleándose. El cura sintió que aquel poder no divino pasaba como una ráfaga por entre su pelo. Rezó por su salvación con una voz tan tenue que no pudo oírse por encima de los gritos del espíritu del demonio.

Y entonces terminó todo.

El cura miró entre sus dedos al guerrero rubio que montaba a horcajadas el caballo que había en el pasillo.

—¿Quién eres? —preguntó.

El joven no contestó. Miraba fijamente al cadáver humeante que yacía entre una fila de bancos destrozados. Bajo el humo podía distinguirse el crudo matiz de la

piel, pues el cuerpo decapitado recuperó su forma original sin la cabeza, que estaba tirada por alguna parte al haber salido rodando durante el desastre del pasillo.

El cura recuperó la compostura y se puso de pie. Se inclinó frente al altar para encarar a su mudo salvador. Lo intentó de nuevo, esta vez en latín.

—¿Quién eres, hijo mío? —preguntó.

El joven lo miró.

—Soy Marresca —contestó.

—¿Marresca? ¿Eres un santo, o un emisario... o un ángel? —preguntó el cura. Marresca sonrió.

—No soy nada de eso. Pero rece por mí, padre, y podré serlo —replicó tirando de su caballo. La montura salió de la iglesia con un trote cansino. Dejaba atrás el olor a azufre.

8

—Peruzo, diles que no somos enemigos —dijo William a la vez que dejaba su espada en el suelo lentamente y levantaba las manos. La punta de uno de los mosquetones estaba demasiado cerca de él, y el tirador que lo empuñaba era joven y nervioso. A menudo ocurrían accidentes entre los tiradores jóvenes y nerviosos, así que William retrocedió con cuidado.

El hermano Jericho también había dejado su arma. Tendido a sus pies, Peruzo parecía perder y recobrar alternativamente la conciencia. El hermano Anthony guardaba un silencio de muerte.

Uno de los hombres uniformados empezó a gritarles, lo que todavía puso más nervioso al joven mosquetero.

—¿Qué dice? —preguntó el hermano Jericho. Sin embargo Peruzo, que era uno de los pocos que entendía el alemán, no contestó. Se había quedado en blanco.

William sintió la necesidad de proteger el Scarimadaen, que vibraba en el bolsillo de su chaqueta. Las milicias de la ciudad actuaban con rigor, pero también eran supersticiosas. Con el demonio suelto, la pirámide no podía tener una segunda alma, pero no por eso dejaba de ser dañina. Cuando aparecía algún indicio de brujería o vampirismo, siempre se culpaba a las brujas. A menudo eran William y sus hombres a los que se acusaba de estar compinchados con las propias brujas, y el Scarimadaen era un signo evidente de brujería.

Los milicianos empezaron a ponerse violentos. William no era consciente de que su bolsillo comenzaba a brillar. Miró hacia abajo y abrió los ojos como platos justo en el momento en que se iniciaron las acusaciones.

—¡Brujo!

—¡No somos brujos! —replicó William. Negando con la cabeza, se señaló a sí mismo y a los demás monjes—. Venimos de Roma, del Vaticano. ¡Papa Pío!

El comandante miró con ira a William y empezó a gritar de nuevo. Luego señaló al suelo, y William siguió la punta de la espada hasta el lugar donde el demonio

había perdido una garra. Sobre el adoquinado yacía la mano cortada de algún desgraciado. Los huesos habían sido desgarrados de la carne. El miembro había recuperado su forma humana, lo que solamente podía significar que Marresca había conseguido su propósito.

Aun así, esto no les sirvió de ayuda. Los milicianos lanzaron una mirada asesina a William y sus hombres.

Iba a proclamar su inocencia cuando de pronto se oyó un grito horrible, y un chorro de luz brilló partiendo la calle en dos mitades. Era el espíritu del demonio, que regresaba a toda velocidad hacia el objeto que le había otorgado la libertad: el Scarimadaen. En su camino lanzó una onda expansiva que reventó las ventanas de los edificios cercanos, y William vio, horrorizado, que la luz azul iba en línea recta hacia él arrastrando un coro de gritos y alaridos ensordecedores.

La luz golpeó a William frontalmente. Rasgó su capa color ébano y la hizo arder. La fuerza del impacto lo lanzó contra el muro de la posada.

El capitán estaba rodeado por un destello cegador, una cortina de humo. Sentía un dolor cada vez más intenso... y después él también perdió el sentido.